



Las angustias de un cohetero

(5 de febrero de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



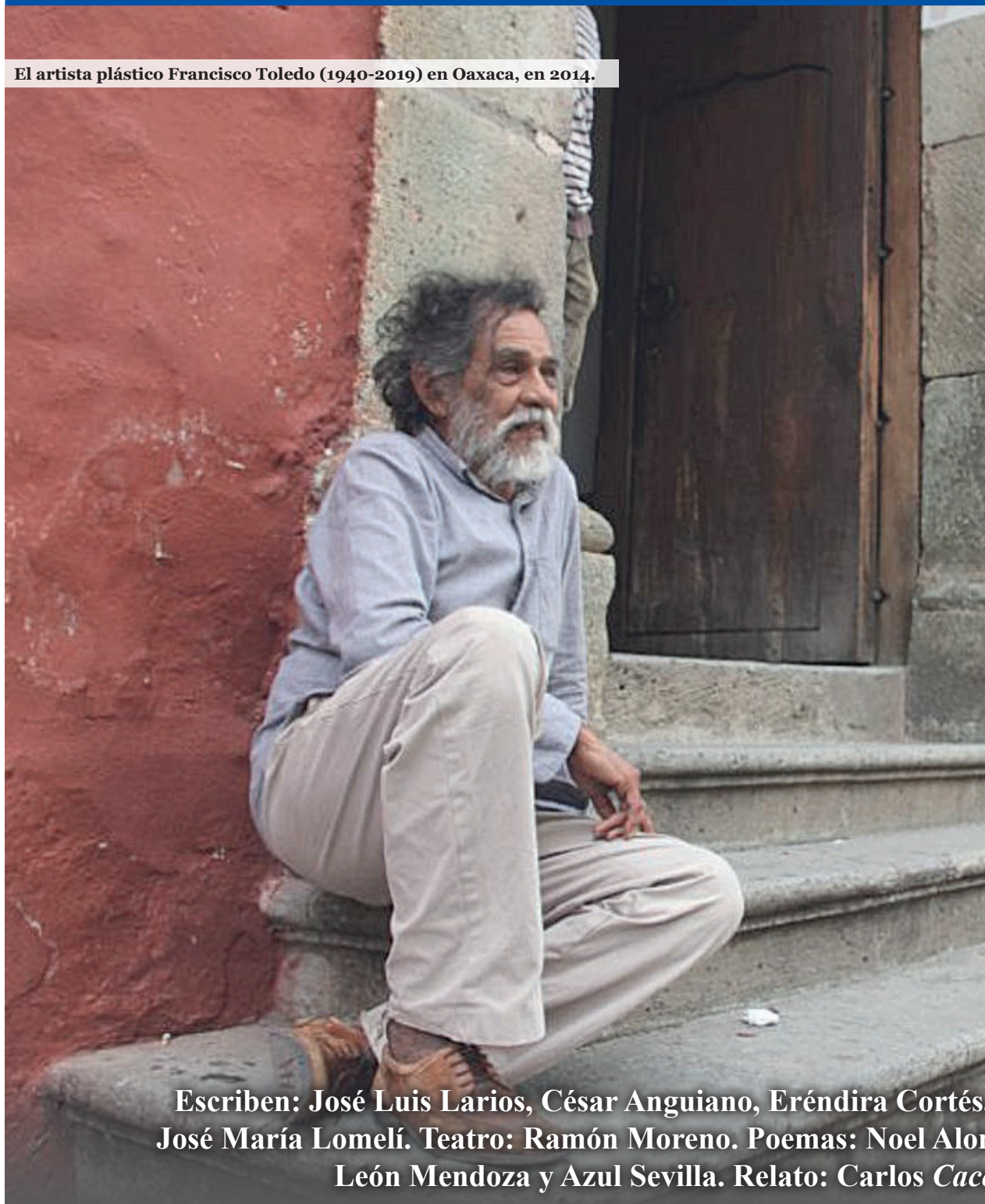
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2558

DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE DE 2019

El artista plástico Francisco Toledo (1940-2019) en Oaxaca, en 2014.



Escriben: José Luis Larios, César Anguiano, Eréndira Cortés, Julio César Zamora y José María Lomelí. Teatro: Ramón Moreno. Poemas: Noel Alonso Ginoris, Lía Llamas, León Mendoza y Azul Sevilla. Relato: Carlos Caco Ceballos.

Los poetas de Babel

César Anguiano

Esta semana en *Los poetas de Babel* presentamos al joven poeta cubano Noel Alonso Ginoris, nacido en localidad de Cárdenas, en Matanzas, Cuba (1995). Estudió Filología Hispánica en la Universidad de La Habana. Actualmente estudia la licenciatura en Ciencias Sociales y Humanidades en el Centro de Estudios Eclesiásticos Padre Félix Varela. Es editor de la revista de arte y literatura *Dédalo*, y de la revista *La escalera*. Colaborador en la sección de reseña y crítica del portal de la Asociación Hermano Saíz (AHS). Redactor de la Columna de Poesía del Caribe de la gaceta mexicana *La experiencia de la libertad*.

Tiene publicados los libros *De las olas* (2017) y *Diatribas* (2018), bajo el sello editorial chileno Verbo(des)nudo. Varios textos de estudios literarios de su autoría y varios de sus poemas han aparecido en diversas revistas dentro y fuera de la isla de Cuba. Mantiene inéditos tres libros de poesía. Hoy presentamos una pequeña, pero significativa muestra de su trabajo, cinco breves pero profundos poemas, textos donde el instante parece estallar para revelarnos el sentido profundo y triste de nuestras vidas. Noel Alonso Ginoris es sin duda una de las voces más puras y novedosas de la reciente poesía cubana.

Teléfono: +5353763451
Email: naginoris@gmail.com
textosdemartillo@gmail.com



El poeta Noel Alonso Ginoris.

I (XXXV)

es jueves y el otoño como un monte que derrumba está llegando. se esfuman las huellas-humos de las bestias y el último sonido de sus tierras. el otoño está cerca ciudad el umbral.

(II) XXXVII

una puerta triste después de los oscurecimientos las bestias invaden los portales y el enigma se desinfla. de la ciudad pon un suspiro del monte pon una puerta tristísima. déjalos germinar.

(III) XLIII

lánguidamente las palmas al fondo del valle yumurí. qué tristes sus plantas esa mirada terriblemente subjuntiva la sed de las dos de la tarde. en definitiva palmas al fondo del valle yumurí conmovidas en su memoria ardiendo en sus poéticas para tanto silencio.

(IV) L

dos corazones para pasar el invierno. corazón de la casa espumas de fuegos. corazón de los montes sueño de las hespérides. dos corazones para pasar el invierno y las carencias.

(V) LXIII

algo nombrado pájaro rompe la inercia de las doce del día. algo nombrado día se hace cisco por el vendaval de las alas. algo nombrado alas teje filamentos de sinsentido y lo condena todo.

Tour de Cine Francés

Ágora

En Colima se proyectarán del 13 al 26 de septiembre

El próximo viernes iniciará el Tour de Cine Francés en Colima, largometrajes que irán acompañados previamente con la proyección de cortometrajes mexicanos producidos por Imcine. En el caso de la capital colimense las funciones serán en Cinépolis de Zentrallia, y en Salagua, Manzanillo.

Respecto a la reseña de las películas, cito casi de manera íntegra las *Cinegrafías* del maestro José Felipe Coria, publicadas en *El Universal*:

Puntualmente llega el anual Tour de Cine Francés, opción para cinéfilos fatigados de propuestas comerciales.

La edición 23, que comienza el 6 de septiembre y concluye el 17 de octubre, incluye siete largometrajes recientes

que, como en toda selección similar, tienen altibajos. Eso sí, representan una cinematografía vital. Por orden de importancia, son:

Blanca como la nieve (2019, Anne Fontaine), deliciosa comedia negra inspirada

en el cuento de los hermanos Grimm, Blanca Nieves. Aquí actualizado con estilo naturalista, que recuerda al tradicional cine francés campirano. Aunque la anécdota de la madrastra Maud (Isabelle Huppert, estereotipada como siempre pero al menos comportándose con cierto humor autoburlesco), celosa de su hijastra Claire (Lou de Laâge), todos se la saben, el tono que le imprime la hábil directora Fontaine da para un juguete narrativo que se disfruta por su retorcido sentido del humor. De lo mejor de este tour.

Cyrano mon amour (2019, Alexis Michalik) cuenta en tono semi dramático, ligero, cómo Edmond Rostand (Thomas Solivérès), en crisis emocional, existencial y creativa, le ofrece al actorazo Constant Coquelin (Olivier Gourmet), una obra que será clave en el teatro universal, justamente la conocida *Cyrano de Bergerac*. Pero tiene una bronca: está inconclusa y

hay fecha de estreno. Simpática loa al teatro clásico y a la creatividad desatada hecha con enorme calidad visual. Basada en la obra teatral homónima escrita por el propio director, es eso que ahora se llama “dramedia” —mitad comedia, mitad drama— hecha con toque magistral.

El misterio del Sr. Pick (2019, Rémi Bezançon) es, por decirlo así, un policial intelectual basado en el libro de David Foenkinos, que cuenta cómo una novela escrita por un pizzero, Henri Pick, ya fallecido, descubierta y considerada obra maestra por Joséphine (Camille Cottin), es puesta en duda por el crítico Jean-Michel (Fabrice Luchini). Cine literario, es un entretenimiento

to leve no del todo satisfactorio, considerando que más o menos pierde algo de la calidad de su material original.

El gusto está en la variedad de las cintas restantes. Son desaparejas en sus propuestas: *Amanda* (2018, Michaël Hers)

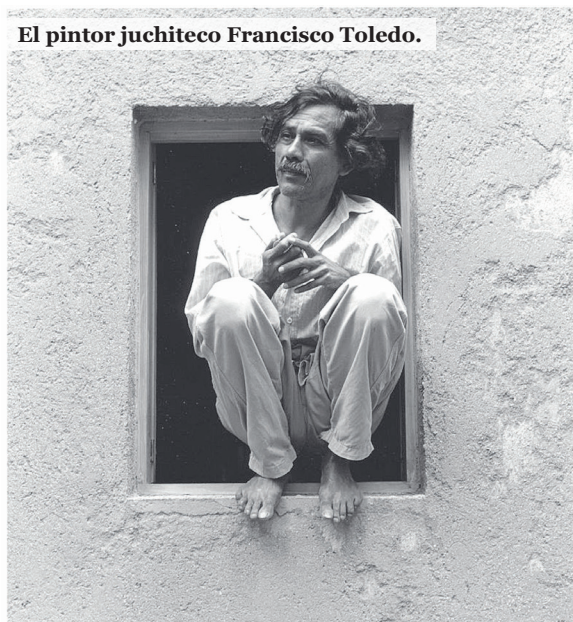
es un melodrama convencional sobre la inesperada responsabilidad que recibe David (Vincent Lacoste), un desobligado total, en cuanto queda huérfana su sobrina Amanda (Isaure Multrier). Igual de regular resulta *En buenas manos* (2018, Jeanne Herry), otro melodrama, esquemático, sobre la renuncia a un hijo recién nacido y la madre que lo adoptaría. No del todo satisfactoria. Es mejor, sobre relaciones madre-hija, *Mi niña* (2019, Lisa Azuelos), otra “dramedia” acerca de la libertad de una hija y la necesidad de su madre de preservar la memoria de ellas juntas. Es un poco lacrimógena y un tanto inferior a *Un amor a segunda vista* (2019, Hugo Gélin), típica comedia romántica que embona con la sensibilidad actual de hacer “historias alternativas”: qué pasaría si alguien no logra amar la primera vez y tuviera una nueva oportunidad de hacerlo.



El inmenso legado de Francisco Toledo

Julio César Zamora

El pintor juchiteco Francisco Toledo.



Escribir sobre el maestro Francisco Toledo es como detallar a una montaña. Se trata del artista visual mexicano más sobresaliente en los últimos 50 años, pero mucho más que eso todavía, fue un activista y promotor cultural infatigable. Por cualquiera de estas aristas se puede trazar y ahondar sobre el multifacético creador que desde el jueves pasado voló como un papalote hacia rumbos desconocidos.

Justamente en la edición antepasada de Ágora, comentábamos que este año, 2019, ha sobresalido por varios eventos, algunos de ellos tristes por la partida de artistas o personajes emblemáticos, aunque en realidad sería más justo y preciso llamarlos nostálgicos, pues vivieron, sobrevivieron y destacaron en su época y las que siguen por lo que hicieron, por lo que heredaron a los que todavía estamos de pie y los que vendrán.

Uno de los muchos casos notables de Francisco Toledo es haber recibido (en 2005) el Premio Right Livelihood, también conocido como Premio Nobel Alternativo, que desde 1980 es entregado anualmente en el Parlamento Sueco, cada 9 de diciembre, para homenajear y apoyar a aquellas personas que “trabajan en la búsqueda y aplicación de soluciones para los cambios más urgentes que necesita el mundo actual”. Además, hay que resaltar que de las 38 distinciones que han entregado a la fecha, en tres meses más serán 39, el oaxaqueño es el único mexicano que ha recibido tal distinción hasta ahora.

Otro dato relevante del artista zapoteco, nacido el 17 de julio de 1940 en Juchitán de Zaragoza (Oaxaca), es su legado como defensor de la tierra (en particular del Istmo de Tehuantepec), las lenguas indígenas, del maíz nativo y de la libertad de expresión, promotor de la cultura nacional en el extranjero y fundador y

mecenas de varios proyectos artísticos, tanto bienes inmuebles como becas para niños y jóvenes.

Entre las iniciativas más emblemáticas fueron la fundación del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO), el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO), la Casa de Cultura de Juchitán, la Biblioteca para Invidentes Jorge Luis Borges, el Taller Arte de Papel Oaxaca, el Centro de Artes de San Agustín (CASA), el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo, el Cine Club, el Jardín Etnobotánico, la Fonoteca Eduardo Mata, la Biblioteca Francisco de Burgoa, la editorial Ediciones Toledo y las revistas *Guchachi Reza* (Iguana Rajada) y *Alcaraván*.

Respecto a su inmensa obra artística, pinturas, esculturas, grabados, ilustraciones, cerámica, habría mucho por escribir, pero sobre todo, es mejor contemplar. Desde mi perspectiva, la obra artística de Toledo es una fusión de Marc Chagall con Rufino Tamayo, ello sumado a su herencia zapoteca y demás culturas prehispánicas, más los años de vivencias y experiencias del maestro para lograr sus inigualables creaciones.

La periodista y escritora Silvia Cherem, recordó al maestro como “un noble salvaje”, es decir, “un ser auténtico que con su mirada de niño con arrugas supo defender los valores culturales de México (...) Era un hombre que no daba concesiones, que no se acomodaba ni con la izquierda, ni con la derecha, ni con nadie; de hecho estaba encabezando una lucha contra el Tren Maya, esa fue una de sus últimas cruzadas. Son muchas cosas que perdemos, pero sin duda, lo que más perdemos es su voz lúcida, terca, firme e incómoda que siempre sudo darle un valor tanto al pueblo juchiteco, como al pueblo oaxaqueño, como al pueblo mexicano”, expresó Cherem.

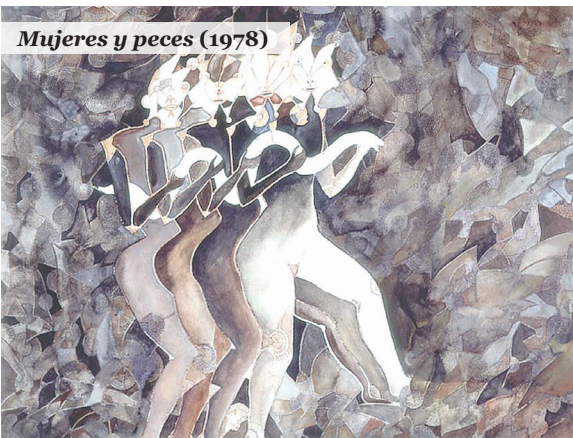


Toledo trabajando el *Murciélago*, una de sus célebres obras.

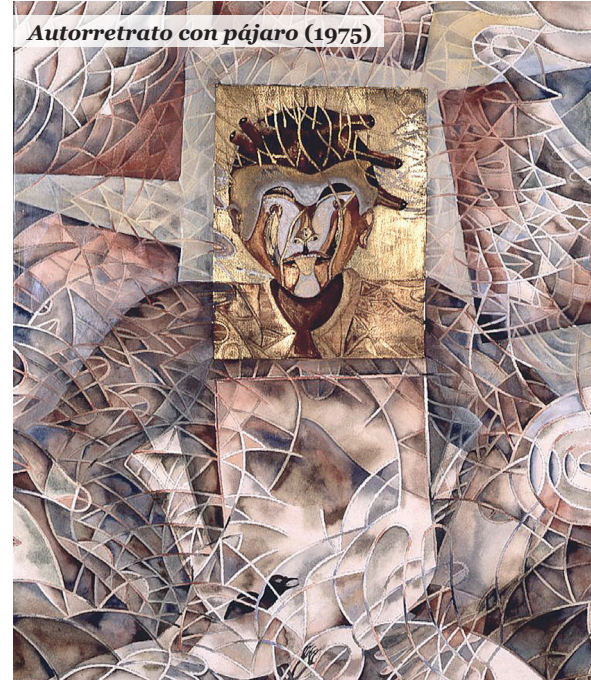
Almohada No. LVI (2000)



Mujeres y peces (1978)



Autorretrato con pájaro (1975)



Tamazul (1977)





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Las angustias de un cohetero

Don Manuel Sánchez Silva

(5 de febrero de 1956)

Fue propósito de don Porfirio Díaz organizar en todo el país fiestas rumbo a las para conmemorar el primer centenario de la independencia nacional. Sin la intención de disminuir el ánimo patriótico del anciano dictador, que pese a sus defectos figura en la historia como un ejemplo de acendrado amor a México, cabe en pensar que la política intervino en aquella ocasión, subrayando la conveniencia de presentar a los observadores extranjeros y al pueblo mismo, un espectáculo grandioso de regocijo nacional que distrajera la atención de las inquietudes, inconformidades y hasta rebeldías que tiempo atrás venían incubándose y que, pocos meses después, culminaron en el violento estallido de la Revolución.

Era por esa época gobernador de Colima el señor licenciado don Enrique O. de la Madrid, talentoso y hábil político, por quien don Porfirio experimentaba singular afecto. Como todos los mandatarios estatales, don Enrique se preocupó en la preparación de largos y fastuosos festejos, entre los cuales figuraba una serenata “monstruo” la noche del 16 de septiembre, rematada en la quema de un singular castillo.

Como todas esas noches la plaza de armas resultó insuficiente para contener a la jubilosa muchedumbre, que solazándose con las melodías ejecutadas por la banda del estado, recorría infatigable el perímetro del dilatado jardín, dando y recibiendo puñados de confeti multicolor.

Al sonar en el reloj del Palacio las 11 de la noche, hora señalada para prender el castillo, la multitud se aglomeró frente a Catedral a fin de presenciar de cerca los juegos pirotécnicos. En la mitad de la calle se alzaba la enorme estructura de carrizo, cuya fabricación había sido encomendada desde meses atrás a uno de los más reputados coheteros, quien con un tizón en la diestra se aproximó a su obra de arte, saboreando de antemano la ovación con que el abigarrado público premiaría sus artísticos desvelos.

Ante la expectación de miles de curiosos, el cohetero acercó el fuego a la mecha y se retiró presto, en cuanto empezó a chisporrotear, para no verse alcanzado por los “buscapiés”, “giros” y “tarabillas”. Pero ante la muda sorpresa de los demás y de él mismo, el efecto se redujo a un poco de humo. Volvió el hombre a acercarse

para inquirir la causa de la anomalía y quedó confundido al advertir que el castillo no tenía mechas; después del pequeño trozo, que yacía totalmente carbonizado, no había nada más. Todas las conexiones, según pudo saberse después, habían sido amputadas por ciertos guasones perfectamente fichados como enemigos políticos de don Enrique, a quien pretendieron ridiculizar saboteando la gustada diversión pública.

Con el rostro demudado por la sorpresa y la angustia, el infeliz cohetero explicó el fracaso, que provocó una tempestad en crescendo de chiflidos y protestas. El pueblo se sintió defraudado e insultado; ya se sabe, una muchedumbre colérica no entiende razones.

Pronto los silbidos se convirtieron en injurias y éstas en acción directa. Numerosos energúmenos acalambrados por el disgusto se tendieron sobre el cohetero, jaloneándole la ropa hasta destrozarla y golpeándolo en la cara y en el cuerpo.

Ante el inminente peligro de que el pobre hombre resultara linchado por la plebe furiosa, alguien corrió a la casa del gobernador, que ya estaba durmiendo, lo despertó e impulsó de la situación, pidiéndole que ordenara la inmediata intervención de la policía, si deseaba salvar la vida del desdichado piro-técnico.

Don Enrique se vistió con rapidez y se dirigió solo a la plaza. Abriéndose paso entre la compacta multitud, llegó al zócalo central y subió al entarimado, desde donde arengó al pueblo que, sorprendido por tamaña audacia, acabó por deponer su actitud hostil y escuchar a su gobernante. Después de adueñarse de la situación, rescató al aporreado cohetero hasta ponerlo a salvo con la garantía de su personalidad, visiblemente desarmada, pero subyugante por su fuerza moral.

Empezaron a disolverse los grupos y, cuando la plaza quedó sola, el gobernador



Ante la expectación de miles de curiosos, el cohetero acercó el fuego a la mecha y se retiró presto, en cuanto empezó a chisporrotear, para no verse alcanzado por los “buscapiés”, “giros” y “tarabillas”. Pero ante la muda sorpresa de los demás y de él mismo, el efecto se redujo a un poco de humo.

despidió al cohetero:

—Ándale amigo, ya puede irse a su casa a que le pongan fomentos de árnica...

No hubo castillo esa noche, pero don Enrique ganó una de sus mejores victorias políticas.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



Nacida para vivir

Eréndira Cortés

Siempre creí tener dos pies izquierdos. La vida me lo dijo de mil maneras en la infancia: la danza no era para mí. Quizás era la falta de coordinación, mi condición de zurda, o incluso puede ser que influyeron las fallidas experiencias con el ballet en la infancia. Pero hubo algo que me terminó involucrando con esta forma de expresión, y cada vez que escucho *Born to be alive*, lo recuerdo.

A mis 17 me habían recomendado tomar clases de danza con la intención de mejorar mi expresión corporal, pues en aquel entonces no sabía que además del verbo y la palabra, el propio físico es otro medio para comunicar. Los primeros días fue un suplicio captar los pasos, me sentía como una tonta; sin embargo, estaba decidida a tomar el ritmo por los cuernos. Poco a poco, con las exigencias del profesor, empecé a conectar mi cuerpo con mi mente.

Apenas me estaba adaptando, cuando nuestro mentor decidió que era hora de pasar a otro nivel. Quiero mostrarles algo que han estado ensayando los avanzados, para que vean lo que ustedes pueden lograr. Nos sentó en una esquina del salón, hizo pasar a los otros chicos que rápidamente se colocaron en su posición y cuando dio *play*, comenzó a sonar *Born to be alive*.

La había escuchado cientos de veces, en la hora retro de la radio, ¿acaso también en un comercial de palomitas? No sé, pero sus notas me hacían sentir cierta adrenalina, como un grano de maíz a punto de reventar; sin ser una de mis preferidas, había algo en ella que me atraía, más allá de su letra.

De uno en uno fueron saliendo los bailarines, apenas tocando el piso con los pies, moviéndose rítmicamente, como instrumentos que emanaban sonido a cada paso. Al principio tuve sensaciones encontradas, alegría y a la vez vergüenza por mis gustos pasados de moda; hasta que me fui olvidando de todo aquello, lo demás desapareció y noté que la melodía adquiría otro sentido.

Era una coreografía de lo más sencilla, la interpretaban bien, pero lo que me atrató fue cómo la disfrutaban, la armonía que generaban, su manera de hablar con el cuerpo; entonces comprendí que eso era lo que toda mi vida me había pedido el mío. Tenía tantas ganas de pararme a bailar como dios me daba a entender; al diablo lo demás, yo quiero moverme. Y aunque no lo hice, mi interior se dejó llevar sin despedirme un solo centímetro de la duela.

Todo ese frenesí me hizo llorar en secreto, era mi única manera de asimilar cómo algo aparentemente tan simple te recuerda lo maravilloso de la existencia. Probablemente nadie vio la humedad en mis ojos, algunos quizá ni recuerden aquella ocasión; para mí fue un nuevo comienzo, no sólo porque a partir de ese día dejé atrás el sedentarismo, sino porque entendí que en realidad *nacimos para estar vivos*.

Tomar el cielo por asalto

Ramón Moreno Rodríguez

El viernes 30 de agosto se presentó en el Teatro Hidalgo de la ciudad de Colima el montaje de la obra *Saltar sin red*, representada por la Compañía de Teatro de la Universidad de Colima. Dicha comedia nos presenta un grupo de jóvenes estudiantes que desean salir de la monotonía, el aburrimiento, la mediocridad, la insatisfacción, las dudas vocacionales, la identidad sexual obligadamente asumida, etc.

La escenificación nos muestra un certero retrato de los jóvenes de hoy día, no con complacencia, sino de manera crítica, en algunos momentos irónica y sin duda comprensiva. No hay duda de que el mérito principal de esta obra radica en la empatía con los jóvenes que el autor —Fernando J. López— tiene y que logra transmitir a los espectadores. En efecto, el público, en la mayoría jóvenes, se veía identificado con los problemas de los estudiantes que la obra muestra y se reían de las peripecias porque toda tragedia vista con distancia puede incitar a reír. Pero entendámonos, los pleitos nunca hacen llegar la sangre al río, como se dice. Además, la manera en como se desenlazan, por el contrario, tiende al optimismo. No hay duda de que el guion ha tomado una sana distancia con el tema que trata y eso le permite al espectador reírse con las ínfulas de grandeza de un director de cine en ciernes (Álvaro), de las pretensiones de una chica que dice tener cientos de amigos pero que a ninguno conoce porque los contactó a través de *Face Book* (Tane) o de la organizadora de un especie de club que reconoce con ingenuidad que es buena burócrata (Cristina) o de la jovencita que teme más decir *no* a los padres que reprobando un examen (Clau).

Los acontecimientos se desarrollan en una casona vacía que la iniciativa de la principal protagonista ha logrado conseguir para fundar ahí una especie de centro cultural. Pareciera que nadie asistirá a la sesión inaugural, que no tiene otro objetivo que tratar de aterrizar ideas para hacer la dicha fundación pero, sobre todo, para limpiar el desmedrado local. Pasan los minutos angustiantes en que Cristina (Citlally Vergara) charla, por no decir discute, con su gran amiga Andrea (Izamar Ojeda) sobre el futuro que le espera a la asociación cultural que están fundando. Y no es para menos: el local vacío, todo por hacer y una gran insatisfacción personal son el caldo de cultivo ideal para el conflicto y en efecto éste se presenta. A lo largo de la sesión sólo cuatro jóvenes más asisten a la convocatoria y una vez enfrascados en las perspectivas de lo que cada uno desea fuese su noble institución, terminan por discutir airadamente. Cualquier parecido con la realidad no es coincidencia. Estos son los

seis protagonistas que dan vida a esta enjundiosa comedia.

Pasa el tiempo y el proyecto, a pesar de los tropiezos, logra anotarse algunos éxitos. Montan una exposición, organizan un concierto, convocan a una conferencia, en fin, uno de ellos logra realizar su más caro proyecto: dirigir un film. No obstante el coste es muy alto; con intrigas, traiciones, delaciones, debilidades y hasta desmayos, pagan tan grande atrevimiento de querer tomar el cielo por asalto. No hay duda que fundar una institución cultural en un medio interdicto y conformista (y no nos referimos a nuestro contexto de pequeñas ciudades de provincia, pues esta obra se ha representado en las grandes capitales, como Madrid) no es cosa fácil y nuestros personajes poco a poco se van desgastando. Sin darse cuenta del todo, porque es un proceso para ellos mismos inaceptable, muestran sus temores e inseguridades. Como Ícaro, se han lanzado al vacío en busca de la libertad infinita que otorga el vuelo, pero como a éste le sucede, a ellos también les pasará: la cera que sustenta las alas que les dan impulso, se deslíe e irremediablemente se precipitan al vacío. Allí, abajo, no hay una red que los proteja de tan peligroso y temerario salto que han dado.

En efecto, en el recorrido de ese proyecto compartido muestran sus carencias pero algunos también sus altas miras, su generosa condición. Así que la amargura del

fracaso queda mediaticizada porque los más han aprendido de aquel vuelo temerario. La obra concluye de la misma manera en como empezó: el espacio vacío, los muebles apilados, el local de la fallida iniciativa a la espera. ¿A la espera de qué? En apariencia no hay respuesta en esta obra para lo que sigue, porque la vida es así: de hechos inconclusos y proyectos inacabados; no obstante, no hay espacio para el pesimismo.

Los amigos se despiden con la certeza del fracaso y de lo que han podido crecer gracias a esa locura compartida de fundar una utopía. El

talento los ayudó a emprender el vuelo, ahora, les permite descender a la cañada donde no hay una red protectora, pero eso no importa porque aquellos golpes que han recibido han sido una gran lección de vida.

Para concluir el presente repaso por esta obra teatral diremos que la dirección de Gerardo González nos permite ser optimistas con este montaje que ya participó en la Muestra Estatal de Teatro. Le deseamos mucho éxito a la Compañía de Teatro de la Universidad de Colima y a su escenificación *Saltar sin red*. Y todo mundo al teatro, a apoyar a nuestros talentosos actores.



***Saltar sin red*, de Fernando J. López. Producción: Universidad de Colima. Dirección: Gerardo González Ramírez. Con: Janeth Novoa (Tane), Citlally Vergara (Cristina), Izamar Ojeda (Andrea), Paco Novoa (Álvaro), Alexa Álvarez (Clau) y Elizabeth Sujey (Bárbara).**

Dudas literarias

José María Lomelí Pérez

Me pasé toda la mañana corrigiendo las pruebas de uno de mis poemas, y quité una coma. Por la tarde volví a ponerla. Oscar Wilde.

Más allá de técnicas narrativas, estilos o géneros literarios, hablar sobre escribir es hablar también sobre las dudas que constantemente acosan a los escritores. Dudas que pueden partir desde la elección misma de su profesión, la incertidumbre de saber si es leído y de conocer el verdadero impacto de sus palabras, hasta el cuestionamiento de si lo que se escribe tiene el valor suficiente, no sólo para ser publicado, sino como para perdurar.

La autocritica es en este sentido severa. Quizá mayor que en cualquier otra profesión, pues no son pocos los ejemplos de célebres escritores quienes hostigados por la idea de que muchos otros han escrito, dicho o planteado *mejor* los temas e ideas de su interés, dudan con verdadera honestidad sobre su propia capacidad y talento. “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído...”, escribió Borges al inicio de su poema *Un lector*.

Como ya señalara Marguerite Duras: “Un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido...”. Se escribe por necesidad de expresar una visión particular del mundo, de desahogo, de ser escuchados o simplemente, en palabras de Gabriel García Márquez, para ser queridos. Y no obstante, muchas veces persiste también el pudor a mostrarlo, a ser expuesto, una cierta sensación de inacabado.

Porque hablar de escribir es hablar también de sus exigencias, tales como: la de mantener la atención despierta para detectar cualquier repentina y potencial idea; la presteza para capturarlas; la que implica a la paciencia de enfrentar a la hoja en blanco, de interrogar al silencio hasta encontrar la veta; la solvencia suficiente para desarrollar las ideas recabadas de un solo tirón, sin filtros ni escalas; el criterio fino para dejarlas reposar y, sólo después de eso, depurarlas. Punto crítico este último, ya que es uno que suele frustrar a la gran mayoría, puesto que no sólo implica la depuración y el refinamiento de las ideas, sino también de las expresiones, de los puntos, de las comas, las palabras, la sintaxis... tarea que, ante la búsqueda de la perfección

estilística, satisface a muy pocos.

La razón se expresa clara en la siguiente frase de Thomas Mann:

“Un escritor es una persona para quien la escritura es más difícil que para otras personas”. Pues: “El buen escritor [según Ramón Gómez de la Serna] no sabe nunca si sabe escribir”.

Excelente ejemplo de dicha exigencia auto-impuesta, así como de las dudas desprendidas de la propia obra, resulta el caso del escritor bohemio Franz Kafka. Nacido en Praga, un 3 de julio de 1883, se dedicó durante gran parte de su vida a darle gusto a las exigencias de su padre, al grado de encaminar el desarrollo de su vida profesional al desempeño de un trabajo burocrático que le llenaba muy poco.

No obstante, Kafka supo encontrar ciertos espacios para dedicarlos a su desarrollo literario. Fueron realmente pocos los textos que publicó hasta antes de su temprana muerte, acontecida el 3 de junio de 1924, consecuencia de una severa tuberculosis que cobró su vida a la edad de 40 años.

En 1914, ya muy mermado de su salud, sólo diez años antes de su muerte, aquellos cuestionamientos propios se vieron amplificados por una racha severa de insomnios y dolores de cabeza constantes. En una carta dirigida a su hermana Ottla, fechada el 10 de julio de 1914, tales preocupaciones quedarían manifestadas en las siguientes líneas:

“No escribo como hablo, no hablo como pienso, no pienso como debería pensar, y así sucesivamente hasta las más profundas tinieblas”.

Mucho más cerca de su muerte redactaría otra carta, esta vez dirigida a su amigo Max Brod, en la cual le expresa: “Querido Max, mi último deseo: Todo lo que dejo detrás de mí... es para ser quemado sin leer”.

Consciente de la calidad de la obra de su amigo, Brod hizo caso omiso a esta última petición y él personalmente se haría cargo de la publicación de la mayoría de los escritos en su posesión. Otra parte, aquellos en manos de Dora Diamant, su último gran amor, sí correrían con dicha suerte, aunque no la mayor parte de ellos (29 cuadernos y 35 cartas), los cuales le serían confiscados por la Gestapo, la policía secreta de la Alemania nazi, en 1933, algunos de los cuales aún se encuentran perdidos.

Un poema absurdo

Lía Llamas

Mientras Slavoj Zizek se moja la nariz
y Avelina baila desnuda abrazando a Duchamp
yo escribo.

Escribo sobre la crisis de las amazonas
atorada en una oficina de tres metros
imagino a Jesús fumando un puro cubano
usurpando la identidad de su padre
y así de absurdo es el pensar
sacar de la mente ideas humanoides
como francotiradores en la puerta del Walmart
y me digo “mi cabeza es un revólver”,
que absurdez.

Le subo el volumen a Johnny Cash
porque también camino sobre la línea del mundo
al límite
¿porque los caminos son absurdos no?
las cuentas, los kilos de más,
el amor romántico
los quehaceres de la casa
la maestría
el arte con sus colapsos
mis libros
la depresión con asilo permanente
quienquiera que sospeche de sí mismo
porque nadie ha regresado de la muerte
para darnos el pronóstico del sentido de respirar
así que no soy la única sin esclavizarse
cantaré sobre la absurdez del cosmo
hacia el jardín del todo.



La calle San Cayetano: un camino con historia*

José Luis Larios García

La vida cotidiana de la ciudad Colima durante la primera mitad del siglo XIX, se empeñaba en detenerse, sin las premuras de acelerar la modernidad de su tiempo. Todavía en los años cuarenta del decimonónico, algunas calles estaban sin empedrar y, otras tantas en estado de inmundicia, que recorrían toda la periferia de los barrios más alejados de la ciudad.

En 1845, Ramón R. de la Vega, miembro del Ayuntamiento y administrador de la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano, dispuso abrir una calle recta que partiera desde el centro de la ciudad hasta al norte de la misma, rumbo al callejón de San Cayetano, con el objetivo de conducir al personal que laboraba en la fábrica y, a su vez, transportar la mercancía al puerto de Manzanillo para ser exportada a distintos países.

La calle cambió de nombre al paso de los años. A finales del siglo XVIII de acuerdo con el *Padrón de Diego de Lasaga*, el trazo de la calle ubicada en el cuarto cuartel de la Villa de Colima la llamó “San José”. Gabriela Abdalá, refiere, que fue donde se agrupaban la mayor cantidad de comerciantes. Al ampliar la misma hasta los arrabales del callejón de la fábrica, se nombró “San Cayetano”. Para 1909 cambió la nomenclatura y fue conocida como calle de “La República” y en la actualidad se llama “Venustiano Carranza”, –hoy en día se convirtió en una arteria muy transitada e importante por su crecimiento urbano y comercial–.

En 1848, en la calle San Cayetano, se construyó un puente sobre el arroyo “Santa Gertrudis”, conocido como “El puente de las niñas” (hoy entre la avenida Tecnológico y Venustiano Carranza). Durante muchos años fue un camino arbolado y sombreado por las grandes higueras, árboles frutales y frondosos sabinos, donde los operarios, tanto hombres como mujeres, solían transitar para llegar a la fábrica textil y cruzar el arroyo con destreza. Estas mejoras a la calle, acortaban los tiempos de llegada, desde el centro de la ciudad hasta el norte de la misma. Según Roberto Huerta San Miguel, el puente “fue reconstruido en 1878 por Lucio Uribe al haber quedado en mal estado, probablemente a consecuencia de alguna creciente del río”.



Rumbo a la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano. Al fondo se observa el Panteón de los Extranjeros, y en primer plano el Puente de “Las Niñas”.

También en la calle San Cayetano, se establecieron otras dos industrias en el ramo textil: La Armonía y La Atrevida, que por la cercanía con el río Colima utilizaban el agua para activar las turbinas. La Armonía se fundó en 1845, cuyo propietario fue Agustín Schacht, y cinco años después, en 1850, fue instalada La Atrevida, del industrial germano, Alejandro Oetling.

Por el mismo camino, se ubicaba el cementerio de los extranjeros –mejor conocido como el “Panteón de los Gringos–. Francisco Hernández Espinoza, nos refiere que los extranjeros con distintas nacionalidades avecindados en la ciudad Colima “deseaban poseer un sitio particular donde sepultar a sus familiares”, ya que desde a mediados del siglo XIX, existió una colonia de extranjeros en Colima. El terreno del cementerio fue donado por Alberto G. Barney, ingeniero

ciudadano de los Estados Unidos, quien llegó a México en 1839 contratado por el inglés Ricardo M. Jones y Roberto Noble a dirigir y establecer una máquina de acerrar madera con mulas en el sitio de “Los Caudos Santos” de la hacienda de La Lagunilla, jurisdicción de Sayula.

Recién llegado a Colima en 1841, Barney, también fue contratado por el Ayuntamiento para la construcción de las Casas Consistoriales (hoy Palacio de Gobierno), además fue uno de los superintendentes de la fábrica de San Cayetano al establecerse la misma en 1842, invitado por el socio de la compañía Ramón R. de la Vega, quien, en ocasiones, lo apoyaba como intérprete del idioma inglés.



Croquis de la ciudad de Colima año de 1859. Trazos de las calles y los ríos que atraviesan la población. Se observa el centro amurallado, la huerta de Álvarez, la fábrica de La Armonía, el cementerio de los extranjeros y la fábrica de San Cayetano. Mapoteca Orozco y Berra: 709B-OYB-7233-A

De acuerdo al *Expediente sobre adjudicación de un solar a favor de Alberto G. Barney*, ubicado en el acervo documental del Archivo Histórico de Municipio de Colima, desde su arribo a Colima, Barney realizó los trámites de adjudicación de las propiedades y terrenos de ejidos al Ayuntamiento, situados en las cercanías del arroyo Santa Gertrudis. Por lo tanto, el terreno fue donado para establecer el cementerio exclusivamente para los extranjeros y descendientes nacidos en Colima.

El cementerio inició abrió en enero de 1851. De acuerdo a la lista del *Registro del camposanto de los extranjeros*, resguardado en el mismo archivo, hasta el año de 1944, se inhumaron 131 cuerpos enterrados desde su apertura.

En la *Lista de los establecimientos públicos* levantada en 1868 por el Ayuntamiento de Colima, existían en la misma calle: siete abarrotes, una botica, dos zapaterías, dos panaderías, un expendio de corambre, una pinturera y un tendejón mixto.

El límite o casco urbano a mediados del siglo XIX, llegaba hasta el barrio de la Presa, colindante con el barrio de Guadalajarita. Con la ampliación de la calle, el comercio local creció hacia el norte de la ciudad, con dirección hacia el callejón de San Cayetano. La nueva vía de tránsito, no contaba con empedrado, era un camino de tierra, y por la noche, poco iluminado. A pocos años, se convirtió en la más transitada de trabajadores operarios que iban a laborar a las tres fábricas textiles.

*Basado en: José Luis Larios García, La fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano: producción, economía y comercio, Colima, Archivo Histórico del Municipio de Colima (2018), [Pretextos, Textos y Contextos, 39].

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

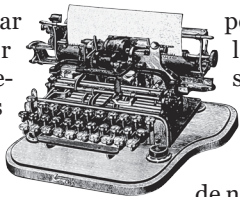
Mala fe, apatía, ignorancia o tontería

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1994. En cualquier lugar de cualquier país o de cualquier región, los habitantes quieren o necesitan de más y mejores accesos a su poblado o ciudad, tener mejores caminos o veredas para comunicarse, sacar sus cosechas para recibir mercancías o a personas que suelen visitarlos, y aquí en nuestro hermoso Cuyutlán pasa totalmente al revés, cierran los caminos de acceso que ya estaban funcionando y dictatorialmente hacen gastos millonarios para que en este caso el turista se meta a Cuyutlán por el lugar que al “mandamás” se le ocurre, aunque esto sea lo más costoso, molesto y perjudicial para el turista y para las personas y negocios que vivan del turismo. ¡Y habráse visto la conformidad y mucha aceptación de las autoridades de Armería, Cuyutlán y estatales al aceptar sumisamente esas aberraciones!

Sin ser ingeniero y por supuesto un mal estudiante en geometría y álgebra, pero eso sí, con algo de sentido común, me sorprende que haya profesionistas que no busquen las facilidades; en ese caso, para los automovilistas y los ahorros en casos tan notorios como en la construcción de un tramo de la carretera Colima-Manzanillo, localizado más o menos a cinco kilómetros del puente sobre el río Armería. Pues bien, ahí hay un cruce de la vía del ferrocarril y los ingenieros de la súper construyeron un antiestético y peligroso puente para librarlo. Y aquí es donde hasta un niño de primaria nos preguntaría: ¿Por qué razón se hicieron tantos puentes cuando podrían evitarse tres o cuatro, si los ingenieros constructores hubieran construido la carretera por el lado izquierdo de la vía hasta la desviación de Campos? Y en el mismo caso, el mismo niño ingenuamente nos volvería a preguntar ¿por qué razón se hizo un “puentonón” sobre la súper sobre el tramo donde se cruza con la carretera de dos carriles de Armería a Cuyutlán? Y le contestaríamos al niño preguntón: Tienes razón, hubiera sido más práctico y barato haber hecho un paso elevado sobre la súper que libraría a ésta y la vía del ferrocarril, y así, en esa forma el paso elevado actual se hubiera evitado, dejando libre la súper de una subida y bajada innecesaria y el “puentecito” libraría los dos cruces costándoles cincuenta veces menos dinero a los contribuyentes.

Otro de los errores o ignorancia de nuestros altos personajes ha sido la destrucción de los arbolitos que por muchas de las calles había en nuestra ciudad. Me estoy refiriendo a funcionarios anteriores, que porque echaban mucha basura tumbaron la higuera, que



porque las ramas estorbaban a los cables de la luz había que tumbar la parota, y la guerra sin cuartel a los pichones y pajaritos que por cientos vivían y revoloteaban en nuestros jardines que porque ensuciaban el piso y las bancas, y esto, según el “amplio criterio”

de nuestras autoridades era una vergüenza para nuestra ciudad y no pararon hasta que nuestros jardines ni tienen música para alegrarnos en tardeadas o serenatas, ni cantos de las avecitas para alegrarnos.

Pues bien, para el gusto de esos personajes ahora ya hay pocos árboles y nada de volátiles y como no hay nada qué hacer al respecto, ahora he visto con sorpresa que desde pocos años atrás, los “podadores” se dan gusto “pelando” a los arbolitos. En mi juventud y niñez nunca me tocó ver que podaran los árboles y los jardines que se veían exuberantes, alegres y llenos de vida, y nunca se vio que algún árbol se cayera por podrido, enfermo o infectado. Ojalá y ya en este año los “podadores” del Ayuntamiento mejor

vayan a limpiar los “zacatales” de tantos lotes localizados, tanto en las colonias de los ricos como de los pobres, y dejen en paz a los arbolitos de nuestros jardines y de nuestras calles.

Otro de los errores o tropelios que ha sufrido nuestra linda ciudad fue la destrucción del hermoso piso de mosaico que lucía nuestra Plaza de Armas, y el hacer trizas el lindo piso de terrazo del Portal Hidalgo, y todo esto para ponernos las feas losetas color tierra que pusieron en su lugar, dizque para “hermosear” la ciudad que vio nacer a nuestro preciado gobernante MMH. Y ahora, aprovechando el poquito espacio que me queda comentaré lo hermoso que se verían las calles con sus viejos nombres en placas antiguas, estando seguro que con el tiempo la población aceptaría con más agrado decir su domicilio con base a la vieja nomenclatura, pues sentirían el hermoso aleteo romántico de las épocas pasadas.

Ojalá y lo que pueda remediarse o corregirse de lo de aquí expuesto se haga desde luego, y que en el futuro los nuevos ciudadanos se unan y protesten cuando los actos de una autoridad traten de perjudicarla imagen, lastimar el ambiente o desaparecer las costumbres, pues no hay duda que los cambios gubernamentales sobre la vida de la ciudad sin consultas generales siempre conducen a resultados negativos, y en nuestro caso siempre debemos pugnar para lograr mejoramientos que sirvan para que nuestra tierra se convierta en un oasis agradable y tranquilo para nosotros, e interesante y de buen recuerdo para los que nos visitan.

* *Empresario, historiador y narrador. †*

Pensando, de Francine van Hove.



Poemío para ti

Azul Sevilla

En una carta,
cuéntame cómo son
tus tardes de invierno o
tus noches de primavera.

Hazme saber en un poema
si tu cama
me extraña,
como mi sofá a tu silueta.

Un atajo al amor

León Mendoza

Nunca dejó que los espejismos
dejaran de ser la orilla al lado
del sendero que aun en la oscuridad
sabía llegar a donde tenía su hogar
Los años se le fueron uniando
junto a su deseo de ser amada
Y así vio pasar los inviernos
con la añoranza de que el otoño llegara
Y así fue como sin dejar
de recorrer esos senderos
de primaveras a inviernos
ella nunca dejó de seguir esos
deseos de sentirse amada
y en algún lugar del sendero
estaría el fantasma de su
su amor en espera